



Tiempo *de lectura*

Cuando el veneno de la lectura se infiltró en mis venas pensaba que tendría tiempo suficiente para leer todos los libros del mundo. En mis visitas a la biblioteca pública de mi ciudad levítica, me paseaba entre los anaqueles atestados con un sentimiento optimista; como el terrateniente que recorre las lindes de su finca, creía que mi vida sería suficientemente larga como para asomarme a todas aquellas páginas que, en cierto modo, me pertenecían. Pues, en el ímpetu de la juventud, a falta de otras posesiones más inmediatas y palpables, uno llega a albergar la certeza un tanto presuntuosa de que el futuro constituye su propiedad exclusiva. Y así, confiado en ese latifundio de tiempo que se extiende hasta el horizonte, el joven puede permitirse caprichos que luego el hombre adulto deplora; puede, por ejemplo, postergar lecturas esenciales, o permitirse el lujo de emplear sus horas en libros aproximadamente banales que no dejan huella en su memoria. Desde aquellas bodas famosas en que Jesús transformó el agua en vino, los hombres hemos dado en la manía de dejar para el final aquellos placeres que juzgamos más deleitosos; dilatándolos, creemos que podremos disfrutarlos con mejor disposición, dejando para el presente los placeres subalternos o incluso esos trámites engorrosos que no conviene retrasar, para que no se conviertan en rémoras. Pero pasan los meses y los años y descubrimos que seguimos engolfados en esos trámites que nos impiden acceder a los placeres más deseados.

¿Cuántos libros pueden llegar a leerse en una vida cumplida? Suponiendo que la noche no descienda sobre nuestros párpados prematuramente, no disponemos de más de sesenta años para la lectura. Pongamos que

tardemos en leer un libro aproximadamente cinco días; habrá algunos, ciertamente, que despachemos en menos tiempo, pero otros se nos atragantarán durante casi un mes. El azar y la fatalidad, por lo demás, conspiran contra nuestra pasión lectora: muchos días se extinguirán en viajes extenuadores, en desgracias familiares, en enfermedades, en quehaceres perentorios o fútiles que nos mantendrán alejados de la letra impresa. Cinco días por libro es una media más que aceptable que firmaría cualquier bibliómano compulsivo. Pues bien, a este ritmo nada cansino sólo alcanzaremos a leer cuatro mil libros, quizá unos pocos más. Y aún deberíamos rebajar esta cifra, pues llega un momento en la vida en que el lector siente la necesidad de recapitular sus días, volviendo a esas lecturas inaugurales que iluminaron pasajes clausurados de su biografía. Cuatro mil libros tan sólo, y sin embargo perseveramos en la creencia insensata de que nuestro tiempo es extenso como el cóncavo mar, inagotable, infinito.

Me paseaba entre los anaqueles atestados con un sentimiento optimista; como el terrateniente que recorre las lindes de su finca.

Desde hace algunos años, me ha empezado a asaltar una nueva forma de angustia. Me sobreviene cuando leo libros que no acaban de interpelarme, libros que sólo me procuran un entretenimiento rutinario, libros prescindibles que adquiero tentado por las modas. Hasta hace poco, leía todos los libros hasta la última página, obligado por una suerte de respeto reverencial; últimamente, ya no muestro el menor rebozo en abandonar una lectura enojosa o insustancial a los primeros síntomas, como el tenorio abandonaría con displicencia a sus amantes menos agradadas. Por cada libro desangelado o anémico que consume mi tiempo, existen decenas, centenares de libros que están agazapados aguardando la mirada que los descifre, en cualquier revuelta del camino.

Recuerdo ahora al muchacho presuntuoso que fui, paseando entre los anaqueles abarrotados de una biblioteca de provincias, como un latifundista satisfecho. Quién le diría a aquel jovencito que por entonces estrenaba la pasión lectora que algún día se sentiría como un aparcerero en su angosta porción de tierra, asfixiado por los requerimientos del tiempo, ese gran usurero. ■